

EN BÚSQUEDA DE UNA CULTURA DE LA PAZ

Desde una pedagogía del conflicto y la
negociación cultural*

(Documento en construcción)

MARCO RAÚL MEJÍA JIMÉNEZ



contexto
educción

RESUMO

La construcción de paz es una tarea de negociación cultural con base en una pedagogía de conflicto. Se trata de transformar los imaginarios individuales en el sentido de entendimiento con el otro. La construcción de la paz es una obra cultural y educativa, en la defensa multicultural en fase de la homogenización y en el combate a las desigualdades económicas, políticas y culturales y a los desequilibrios ecológicos

Palabras-clave: paz, negociación cultural, pedagogía del conflicto, multicultural, desigualdad.

* Ponencia presentada al Primer Encuentro Internacional de Pedagogía para la Paz, Educación Ciudadana y Educación Cívica. Manizales, 20 al 22 de mayo de 1999. Versión ampliada del trabajo presentado en las Jornadas Fe y Alegría, sobre "Democracia y Violencia. Límites actuales de la acción socio-educativa en el contexto europeo y latinoamericano". Evento organizado por el Ayuntamiento de Madrid, la Universidad de Comillas, y Fe y Alegría España. 24 al 26 de noviembre, 1998.

**EM BUSCA DE UMA CULTURA DE PAZ,
DESDE UMA PEDAGOGIA
DO CONFLITO E A NEGOCIAÇÃO CULTURAL
(DOCUMENTO EM CONSTRUÇÃO)**

RESUMO: *A construção da paz é uma tarefa de negociação cultural com base numa pedagogia do conflito. Trata-se de transformar os imaginários individuais no sentido do entendimento com o outro. A construção da paz, assim, é uma obra cultural e educativa, na defesa da multiculturalidade em face da homogeneização e no combate às desigualdades econômicas, políticas e culturais e aos desequilíbrios ecológicos.*

Palavras-Chave: *paz, negociação cultural, pedagogia do conflito, multiculturalidade, desigualdade.*

**IN SEARCH OF A CULTURE OF PEACE,
FROM THE PEDAGOGY
OF CONFLICT AND CULTURAL NEGOTIATION
(DOCUMENT IN PROGRESS)**

ABSTRACT: *Making peace is a task of cultural negotiation based in a pedagogy of conflict. It deals with transforming the individual imageries in the sense of understanding each other. Thus making peace is a cultural and educative task in defense of multiculturalism in face of homogenization in fighting economic, political and cultural inequalities, and environmental imbalances.*

Keywords: *Peace, cultural negotiation, pedagogy of conflict, multiculturalism, inequalities.*

“No se puede respetar el pensamiento del otro, tomarlo seriamente en consideración, someterlo a sus consecuencias, ejercer sobre él una crítica, válida también para el pensamiento propio, cuando se habla desde la verdad misma, cuando creemos que la verdad habla por nuestra boca; porque entonces el pensamiento del otro sólo puede ser error o mala fe; y el hecho mismo de su diferencia con nuestra verdad es prueba contundente de su falsedad, sin que se requiera ninguna otra.”

Estanislao Zuleta¹

Esta cita pudiera servir a manera de síntesis de lo que intento desarrollar en esta ponencia, ya que asumir el problema de la paz pasa radicalmente por recomponer la mirada sobre la otra, el otro, los otros en un mundo como el de hoy en donde no sólo atizan las violencias de todos los tamaños sino también los procesos de desigualdad, de subsumir lo diferente en un mundo homogeneizado, parece ser una tentación de todos los poderes grandes y pequeños de este tiempo. Por ello, para desarrollar este trabajo en el cual pretendo plantear como hipótesis central que en el entrecruce de todas las reflexiones políticas, sociales, económicas sobre la violencia y la guerra existe un peligro al olvidar los énfasis culturales y educativos de esa problemática, intentando hacer una primera aproximación a la búsqueda desde la multiculturalidad crítica y el conflicto. Casi podríamos afirmar que la paz es un problema demasiado serio para dejarlo sólo en manos de los políticos.

Por ello, la reflexión que intento desarrollar busca construir un hilo conductor en torno a la manera como un educador que viene del campo específico de la educación popular intenta entender las claves educativas y culturales para encontrar unos ejes embrionarios de los cómo de una intervención educativa que no cree que la paz sea la simple ausencia de la guerra. Requiere entrar en el imaginario de nuestras poblaciones en todas las clases y razas, así como en los géneros para construir una capacidad de manejo del conflicto que nos permita creer que es posible en el mediano y largo plazo construir una cultura de la paz.

Para desarrollar esta reflexión que reconozco inicial en cuanto intenta ser una reflexión pública para aclararme a mí mismo, intentaré retomar algunos de los procesos que hemos venido desarrollando en

distintos programas en el Centro de Investigación y Educación Popular – CINEP – y en el Movimiento de Educación Popular Integral Fe y Alegría, y que se mueve en un horizonte de hacer un análisis de la globalización capitalista de estos tiempos, sus esfuerzos por construir una homogeneización y la manera como la diferencia y la desigualdad arrebatan a esa ilusión universalista los intentos de construir un mundo hegemónico desde las nuevas formas del poder.

Allí brilla con luz propia la multiculturalidad como forma privilegiada de enfrentar la homogeneización y dejándonos asomar el conflicto como eje de una nueva construcción que hace visible diferencia, desigualdad, y formas del poder en un camino que impone formas de intervención que sean capaces de romper con nuestros núcleos de verdad tanto en el pensamiento como en la acción, en nuestros deseos y emociones. Pero enfrentar esta circunstancia en un horizonte crítico significa ante todo la capacidad de deconstruir los caminos recorridos y las formas como esa cultura de verdad anida en nuestros cuerpos, en nuestras mentes, en nuestras pasiones. En este planteamiento, para nosotros se convierte en central la negociación cultural como eje metodológico que permite reconstruir también una pedagogía del conflicto que sea capaz en la negociación de lo diferente y en la lucha por enfrentar las desigualdades y las exclusiones, de reconstruir la solidaridad como un nuevo lugar de la acción humana.²

LA PAZ, MUCHO MÁS QUE EL FIN DE LA GUERRA

Normalmente, en nuestros referentes sociales y mediatizados por toda la fugacidad del fenómeno comunicativo, a veces se va construyendo un imaginario en el cual el sentido común de la mayoría de habitantes de nuestro país comienza a imaginar que la paz es un momento en el cual no existan grupos armados y se acabe la violencia guerrillera. Pero el problema que a veces genera esa *cultura light* en la rapidez y la multiplicidad de la información, es olvidar que la paz es una cultura que se construye y que debe ser propiciada en los contextos de acción de los seres humanos en sus relaciones sociales generales y cotidianas que se constituyen a través de sus múltiples determinaciones.

Es decir, la paz toca los contextos de acción y los actores involucrados en el mapa de las múltiples guerras. En ese sentido, va a requerir un esfuerzo en donde los procesos micro (mundo local), meso (procesos nacionales) y macro (procesos internacionales) coincidan en el elemento que es articulador de ellos y es el ser humano. Ese concreto de carne y hueso que sueña, cree y espera desde imaginarios que anidan en su espíritu y en su cuerpo y en la manera como ocupa el territorio que habita, intenta reconstruir su vida y sus esperanzas.

Por eso, reconocer que la ausencia de la guerra no es la paz, pero que es parte de ella, significa tener la capacidad de reconocer también esos otros elementos, los cuales hacen que la paz no sea posible. En un primer lugar, la violencia estructural que negando las necesidades humanas primarias produce una violencia que silencia las desigualdades. Igualmente, las violencias en que están insertos aquellos que apostando por mejorar la calidad de vida no encuentran la manera de enfrentar los desequilibrios del poder, que no les permite satisfacer esos nuevos niveles de necesidades. De la misma manera aquellos que buscan hacer posible un desarrollo humano que construye desde la diferencia cultural un mundo ecológicamente viable pero que tienen su límite también en un mundo que se niega a una reducción voluntaria de sus necesidades.

También están las violencias generadas por aquellos que, incluidos en situaciones de opresión, ven reducida su forma de existencia a niveles inhumanos de controles organizados desde esferas invisibles en donde ellos no alcanzan a reconocer el por qué de sus situaciones límite. Podríamos afirmar que estas múltiples violencias tienen tras de sí grandes y pesadas reflexiones y análisis que las explican bajo diferentes circunstancias y terminan haciendo de la paz una búsqueda teórica. Y en ocasiones conflicto de discursos.

Por ello, es común ver en nuestra realidad esencias que se mueven, poderes que se imponen, la satanización del otro y la dificultad para entender cuáles son las razones del otro en medio del conflicto. Todos sueñan, pero cada uno sueña a su manera. No va a ser posible pensar la paz si no logramos unas transformaciones profundas en los imaginarios que hemos construido en nuestra vida cotidiana y con los cuales nos relacionamos con nosotros mismos,

con los otros, y desde los cuales construimos la violencia cotidiana en el hogar, en el lugar de trabajo, en la sociedad, reconstruyendo en nuestro mundo pequeño las formas mediante las cuales se hace visible el que no poseemos una cultura para manejar el conflicto. Por ello, la paz es un trabajo de todos/as desde la experiencia individual en los niveles de responsabilidad de cada uno/a con su cuerpo, con su mente, con su deseo, con su pareja, con su grupo más cercano y, en alguna medida, con la sociedad.

Por ello un/a educador/a no puede ver la paz como el fin de la guerra, sino en un proceso de mediano y largo plazo que desactive las formas culturales de la violencia y construya procesos pedagógicos que nos enseñen a manejar los conflictos, sin ocultarlos, reconociendo en ellos la clave de nuestro crecimiento, haciendo de ellos el crisol del alma humana y permitiéndonos hacer una economía política de la agresividad.

UN LUGAR PARA LA DIFERENCIA Y LA DESIGUALDAD

Uno de los problemas centrales con el cual nos encontramos en los procesos de globalización política, social y económica que se dan en nuestras realidades, es la manera como se producen discursos homogéneos donde pareciera que todos somos lo mismo. Allí tanto como ciudadanos, y en cuanto hijos de la democracia, terminamos siendo parte de una identidad formal vacía, en donde la identidad pareciera estar construida en cuanto se apagan las diferencias, convirtiéndose muchos de estos discursos en las formas que construye una élite propiciadora de esa universalidad en la cual los procesos de diferenciación parecen extinguirse.

Hemos terminado convertidos en ciudadanos del mundo y se construye una explicación en la cual se ha perdido la cultura que nos daba identidad y unidad. Por eso, son tiempos en los cuales repensar las relaciones entre identidad y diferencia termina convirtiéndose en retardataria en cuanto esto pareciera ser de un mundo que ya ha clausurado los problemas de lo local, de la enunciación y del posicionamiento cultural.

Reconstituir la diferencia significa la capacidad de buscar prácticas de significación para grupos específicos que constituyen también relaciones políticas y económicas, relaciones que en algunos casos se oponen. No es sólo el pluralismo cultural como sueña el liberalismo, ya que la diferencia va a tener un efecto histórico hacia adelante y hacia atrás. Va a ser enfrentar la armoniosa cultura común con la cual sueñan los grupos más conservadores para mantener una diferenciación que les otorga poder.

Por ello, reconocer que la diferencia es un elemento central en las búsquedas significa la capacidad de ir tras la huella de actores, la manera como esas historias escondidas pero presentes en su cuerpo y en sus relaciones configuran una manera de ver el mundo que no puede emerger porque los núcleos básicos del poder no le permiten visibilizar esa historia de minorías o de grupos mayoritarios acallados.

Frente a una tendencia mecánica de la globalización económica, que tiende a producir un análisis de homogeneización a todos los otros niveles, es necesario ir a la búsqueda de lo diferente, de tal manera que produzca en nosotros una descentración, en cuanto va a colocar la fuerza en reconocer “mis particularidades” y la manera cómo las formas dominantes tienen un centro que se constituye precisamente en el ejercicio de negar lo diferente que es aquello que aparece desde su centralidad como las “márgenes”, haciendo que todo lo diferente sea parte de lo otro no reconocido oficialmente y por lo tanto subsumido en esa negación.

Comenzar por reconocer la diferencia significa la capacidad de construir una relación entre mi mundo de sentidos y de acciones y desde mi identidad, de establecer lo otro que no es como lo mío. Esto va a permitir construir de otra manera mi relación social, en cuanto allí voy a poder producir “mi versión”. Es decir, el lugar desde el cual yo, con mi huella, produzco mi texto, surgido desde mi praxis, me abro a la búsqueda de la intertextualidad (de instituciones, personas, grupos humanos), rompiendo en mi la estructura de poder que no deja emerger lo diferente.

De esta manera, produzco desde mi experiencia el reconocimiento de lo “otro” hecho de mil maneras por las huellas que lo constituyen, y en ese sentido reconoce que el encuentro posible para construcción de proyectos comunes tiene mil senderos.

En este sentido, la diferencia se establece como campo de experimentación, es decir, no como límite, como barrera, sino como exigencia a construir los puentes a través de los cuales surja lo común a partir de la conjunción entre lo necesario y lo imposible.

Es el momento en el cual la diferencia me coloca en la incertidumbre. El reconocimiento de lo otro (la otredad) me coloca frente a la necesidad de perder la certeza y entrar en el camino de ver aquello otro como lo que complementa, lo que construye más totalmente (en teorías, en instituciones, en personalidad, en el mundo de lo social). Es el otro, que al ser crítico, me emerge como diferente y real, y en su diferencia pareciera como una amenaza para la verdad del sistema en el que estoy ubicado y que he construido en torno mío. En un conflicto bien manejado, ese otro lo que me muestra es la relatividad de lo mío, construyéndome además lo provisional de mis posiciones. Es allí donde se generan las formas del miedo y tras ellas la agresividad o el desconocimiento del otro.

Nos situamos frente a una construcción de lo colectivo desde múltiples lugares, pero que ubicando la diferencia como elemento central me constituye como ser social con responsabilidades colectivas y que son necesarias de re-construirse. Por ello siempre la lógica de lo solitario no existe, porque estamos frente a unos procesos de individuación en los cuales desde mi yo asumo lo colectivo mediante la construcción de comunidades (humanas, intelectuales, académicas, de profesión, etc.).

LA MULTICULTURALIDAD ENFRENTA LA HOMOGENEIZACIÓN DE LA GLOBALIZACIÓN

Hoy aparece como un hecho el mundo globalizado que explicado como un desarrollo de las fuerzas productivas, desde las revoluciones científicas y tecnológicas, adquiere en el control del capital financiero, el desmonte del Estado de Bienestar y el predominio del mercado, su forma neoliberal.

Una de las maneras como esa forma globalizada atenta contra la diferencia, es su pretensión de construir una cultura global unificada y por lo tanto producir subjetividades e identidades más o menos

homogéneas que tendrían como realidad una especie de preformatividad (a priori) de la acción y de la historia, produciendo una homogeneización que oculta experiencias de vida y experiencias sociales extremadamente diferentes, además del profundo desfase que ha mostrado entre economía y ética y moral.

Esa homogeneización aparece con más fuerza en el mercado que con el señuelo de ser una expresión y convergencia de lo diferente, intenta ocultar el conflicto que significa aceptar lo diferente. Es ahí cuando estalla en sus manos esa manera en la cual lo diferente emerge como desigual. En ese sentido, aparecen las amarras que tiene esa globalización con la cultura blanca y la dominación de sectores poderosos económica y políticamente, lugares desde los que parecen las únicas lecturas posibles de la realidad, las que occidente ha construido como su verdad-poder y hoy en el saber-poder. Esa expresión de lo diferente se cruza con aquello que silencia, y es así como aparece:

- Un mundo no sólo blanco — sino también negro, mulato y multicolor (construyendo lo étnico).
- Un mundo no sólo de ricos y nobles — sino también de pobres, asalariados y desempleados.
- Un mundo no sólo de hombres — sino también de mujeres y homosexuales.
- Un mundo no sólo con una ciencia — sino un conocimiento en expansión con múltiples interpretaciones.
- Un mundo no sólo adulto — sino también de jóvenes y niños/as con sus propios sentidos y esperanzas.
- Un mundo no sólo bipolar — sino multipolar, con múltiples formas de realizar el desarrollo.
- Un mundo no sólo bipartidista — sino un mundo multipartidista.
- Un mundo no sólo de metrópolis — sino también campesino y desplazado.

Estas múltiples manifestaciones nos muestran cómo los conflictos entre culturas en un sentido amplio (de etnia, de clase, de género, de saberes, de generaciones, de principios doctrinarios, de partidos políticos, entre otros) no pueden seguir siendo analizadas

como simples relaciones de oposición, sino que se hace urgente un esfuerzo por entender cómo las relaciones de poder están vivas al interior de estos procesos en una lógica mucho mayor, porque han sido diferencialmente constituidas. Por ello, es necesario encontrar los mecanismos que hagan visible la manera como esas miradas unipolares, al negar y excluir lo otro han construido su poder, produciendo un discurso de la diferencia que al no tener en cuenta el poder que excluye hace que sea simplemente *pluralismo*, para evadir las responsabilidades en la construcción de la desigualdad.

En razón de esto, para dar un paso más allá de la mirada liberal del pluralismo, significa plantearse con urgencia un multiculturalismo crítico que, fundado en la diferencia, pueda señalar las desigualdades que se construyen allí y señalen el camino para construir posibilidades políticas que asuman como parte de su proyecto la reconstrucción de la sociedad. Es así como este multiculturalismo³ que se coloca como tarea hacer explotar el poder existente al interior del mundo unipolar para que emerjan múltiples versiones de la manera como la exclusión, la desigualdad, la segregación, son parte de un mismo continuum como proyecto occidental centrado en construir nexos de dominación.⁴

Por ello, el multiculturalismo crítico no acepta la diferencia como si fueran culturas que permanecen intactas, sino que reconoce en ese juego los riesgos de asumirse hoy en un mundo globalizado y por tanto reconoce que sus relaciones se hacen mucho más complejas, que se producen rupturas, desvíos, clausuras, encerramientos, como forma de manifestación de la diferencia. Esto significa un no al uniculturalismo, centrado en lo euroaméricocéntrico, en lo androcéntrico, en lo falocéntrico, y en esa resistencia reconoce que se resiste a un universalismo que se rompe como verdad cuando se visibilizan las relaciones de poder y privilegio que constituyen.⁵

Una de las preguntas centrales va a ser cómo romper con la institucionalidad de la igualdad formal, que a su vez construye identidades formales y que subsumiéndonos en una unidad construida desde la forma liberal de la política apaga las diferencias. Esto va a exigir la capacidad de construir los nuevos discursos de la desigualdad para entender que la justicia no se va a dar como realidad simplemente porque una ley lo determine y ello plantea que si se quiere justicia ésta necesita ser constantemente conquistada y recreada por todos aquellos que desde una ética de la solidaridad deciden convertirla en aspecto central para la reconstrucción de la sociedad.

Resistir al universalismo que se construye a sí mismo desde la diferencia es la posibilidad de enunciar en mi acción y en mi reflexión que él no puede ser sostenido ni ética ni moralmente en la sociedad, en mi grupo social y en la experiencia personal, lo que me lanza a construir un nuevo discurso de esperanza que reconstruye las relaciones entre personas, sistema, a la vez que intenta reorganizar el tejido social. Significa en últimas que es necesario construir una nueva forma de la crítica que evite cualquier forma mediante la cual se naturalicen las relaciones de poder y privilegio.⁶

EL CONFLICTO: nudo central de la reconstrucción

Uno de los problemas centrales cuando se aborda esta mirada sobre lo multicultural de la sociedad desde el poder, y al enfrentar la naturalización de él es la manera como se disuelve el conflicto vía pluralismo, ya que al no ver lo desigual, lo excluido, lo segregado, considera todos los conflictos expresión de sólo la diferencia.

Por ello es necesario desarrollar la capacidad de reconstruir pensamiento y acción desde una mirada que es capaz de romper los imaginarios que han permeado una visión esencialista en la cual el conflicto es más bien causante de problemas que el propiciador de transformaciones individuales y sociales.

Asumir el conflicto significa hacerlo de otra manera a como estamos acostumbrados a hacerlo, y convertirlo en generador de procesos, impugnador de verdades, reconstructor de poderes, y organizador de propuestas. Pero la dificultad mayor está en las rupturas que tenemos que realizar con cinco procesos profundamente inscritos como impronta en la cultura que hemos formado en la trama histórica de nuestras sociedades y que hoy bajo el capitalismo globalizado toma el sesgo de lo universal. Estos aspectos son:

– *La verdad como esencia*

Una larga tradición que se ha desplazado desde las imágenes de lo divino al campo de la política y en los últimos tiempos impregnado el mundo de lo científico, ha ido moviéndose en un proceso de verdades absolutas donde no es posible sino establecer dos campos:

el de la verdad y la falsedad. Esta mirada, cuestionada desde diferentes concepciones de la ciencia hoy en día, con la entrada de procesos complejos del caos, del azar, de los construccionismos, de los sistemas abiertos, etc., nos muestra una realidad científica, social, cultural, constituida desde múltiples lugares, entregándonos una mirada más rica de verdad en construcción y en expansión. Esto no significa la negación de los elementos constituidos anteriormente, pero sí su relativización.

– *La interpretación del mundo siempre dicotómica*

Esta mirada del mundo, partiendo de la verdad (de cualquier tipo) construyó una mirada sobre lo otro diferente como el opuesto negativo de aquello que yo afirmaba. Es así como lo mío era lo bueno, lo de los otros era lo malo; yo era el científico, el otro era el ignorante; yo era el generoso, el otro era egoísta; mi política interpretaba la sociedad global, la otra sólo al grupo de élite. Si analizamos con cuidado estas miradas dicotómicas, nos podemos dar cuenta que ha sido el sistema fácil para descalificar.

– *La producción de cosmovisiones totalizantes*

Esa forma de la verdad y la enunciación del juicio sobre el otro va a tener una característica muy clara, en cuanto organiza miradas e interpretaciones del mundo que pretenden ser la realidad. Y confundiendo a ésta con lo real, se autocalifica como la interpretación correcta, lo que le da legitimidad para operar contra las otras interpretaciones, sin producir un diálogo que permitiera enriquecerlo, construyendo realidades más complejas y múltiples.

– *La reducción del conocimiento a procesos racionales*

El hecho de configurar lo humano desde la especificidad racional llegó a producir una reducción de otras dimensiones de la constitución de lo humano, como el deseo, el placer, lo lúdico, y éstas fueron vistas más como manifestaciones de la parte más animal de nuestro ser. Por lo tanto, durante mucho tiempo se excluyó el cuerpo y se redujo a un segundo plano aquellos tipos de conocimiento en los cuales estuviera implicada la subjetividad de quien conocía.

Hoy se abren puertas para reconocer cómo lo conocido está implicado en el sujeto cognoscente y cómo esas otras dimensiones de lo humano también acumulan las experiencias, y desde allí

desarrollan formas de conocer que no necesariamente se sintetizan en forma racional. Esto ha abierto una cantidad de búsquedas sobre el yo interior y las nuevas identidades del ser humano.

– *El desacuerdo como enemistad*

Hemos ido construyendo en torno a nuestras verdades, certezas a las cuales deben adherir todo el grupo humano cerca de mí, estableciendo una solidaridad de cuerpo casi feudal que me lleva, en el caso de lo personal, a que cuando alguien del grupo cercano establece diferencias con nuestros puntos de vista o avanza hacia construcciones diferentes, sentimos en el campo de la emoción una especie de ruptura mediante la cual el otro se está marchando y de que traiciona la lealtad del grupo, estableciendo en nosotros un temor a la diferencia de los próximos. El poder allí establece formas de censura para que las comunidades cercanas se construyan no haciendo explícita la diferencia.

Cada vez más la comunidad de pensamiento y acción abre caminos para comprender que el desacuerdo es un instrumento de crecimiento y que en el campo de lo humano el desacuerdo es un signo vital de la diversidad que nos enriquece y nos libera de las pretensiones de poder y dominación en la esfera social e individual sobre los otros.

Estas cinco prácticas han permeado nuestra cultura de tal manera que han construido un imaginario social del cual somos portadores y todo aquél que se ubique en una interpretación diferente a la mía queda en el terreno de las exclusiones posibles. Y si mi mirada ha sido sancionada por el poder o en estas nueva épocas del conocimiento por el poder-saber, yo logro colocar a mi servicio toda la parafernalia de éste para producir exclusiones. Pero esto no es sólo un poder a nivel macro. Se ha convertido también en la forma de construir relaciones en el mundo inmediato o cotidiano de todas las personas. Por ello, todo lo diferente es mirado sospechosamente y rápidamente por vía del mal manejo del conflicto termina convertido en opositor o enemigo.

Este juego de imaginarios va rotulando el mundo en un juego de dos orillas, en el cual la introducción de cualquier punto de disenso que podría marcar las formas de la diferencia que enriquece como manifestación de un conflicto creativo, terminan siendo paralizantes

de los procesos sociales en cuanto fragmenta los grupos humanos y sus comunidades en los más diversos ámbitos, llevando a construir una cultura en la cual el conflicto siempre se manifiesta no como retador y reconstructor de relaciones sino como el espacio desde el cual encasillo la mirada del otro para entrar en la lógica fácil del amigo-enemigo.

Es muy fácil de observar esto en la manera como vamos reinsertando en nuestra vida cotidiana discursos del poder blanco, aristocrático, macho, de una verdad científica, del adulto, del mundo bipolar, del mundo bipartidista, y en últimas, teniendo prácticas y discursos de patriarcas colonizadores y racistas conquistadores.

Por ello, plantearnos el conflicto como central requiere de una capacidad de construir diferencia, antagonismo, no certeza, que enfrentando los problemas del poder, del saber y de las formas de la exclusión y la dominación encuentra los núcleos conflictivos en el ámbito de la acción y la reflexión y los coloca en un escenario público, capaz de enfrentarlos y resolverlos. Pero construir esta cultura del conflicto significa también construir otros modelos de sociabilidad y organización social que generen la capacidad autoreguladora de hacer emerger los conflictos en sus diferentes niveles para que las jerarquías de poder y privilegio no se reproduzcan, generando desigualdad, exclusión o segregación.

Este paso significa la capacidad de replantear la forma de la crítica que hemos hecho hasta ahora, porque ella también, hija de las formas culturales que hemos vivido e introyectado, se ha constituido como verdad excluyente y dogmática. Significa la capacidad de entrar a una crítica que es capaz de hacerse nueva cada día, y por lo tanto, provisional en la velocidad de los cambios de estos tiempos; y significa también estar crítico con uno y abierto a lo que las otras posibilidades de un mundo más amplio me entregan a mí para reconstruir.

Es importante entender que este conflicto es múltiple y no se queda sólo en el campo de lo discursivo, sino que atraviesa procesos de acción y por ello va a abrir la posibilidad en la crítica al reconocimiento de los intereses, y es allí donde la diferencia es politizada al ser situada en un escenario con tejido social propio y no simplemente un juego de contradicciones en la palabra, en el símbolo, en el discurso. Recuerden, no sólo en ellas, porque también son importantes todas las contradicciones.

Entrar en el conflicto significa abandonar el dualismo descalificador que hace invisible a lo diferente, a lo desigual, a lo excluido, a lo segregado, aspectos que siempre se presentan como conflictivos porque su oficio es invisibilizar al otro. Esto significa plantearnos de fondo la crisis del sujeto en el mundo globalizado. Toda la discusión sobre su autonomía, su identidad, y la entrada en juegos de permanente constitución de identidades híbridas constituidas por múltiples combinaciones culturales que producen su hibridez, replantean de fondo la manera como nos relacionamos y la manera como nuestros imaginarios han sido codificados y los principios y valores con los cuales hemos dirigido nuestras acciones.

Aprender a leer el conflicto es la capacidad de reconocer la multiculturalidad bajo sus numerosas expresiones con una profunda capacidad crítica que a la vez elabora los primeros elementos de una transformación realizada por los actores que asumiendo el conflicto como elemento generador de mundos nuevos es capaz de retomarlo para superar la protesta y enfrentar el dualismo como un lugar del que hay que salir para reconstruir el mundo con múltiples colores y múltiples sentidos.

Cumple un papel de reconstructor de la confianza en el otro, de la importancia del diferente, aspecto que se convertirá en eje de la reconstrucción de la solidaridad, que nos va a permitir inicialmente trabajar juntos a pesar de las muchas diferencias que tengamos, y desde allí nos unimos para enfrentar desigualdades, exclusiones.

Reconocer el conflicto como inherente a la condición humana

No sólo hay una dificultad cultural para abordar el conflicto, sino un problema más de fondo, ya que por el dolor que nos produce siempre quisiéramos evitarlo. En ese sentido se nos plantea una dificultad para aceptarlo y reconocer en él la fuerza que funda la construcción de lo humano y de la energía que brota de él, la necesidad de ir por otros caminos y otros medios, reconstruyendo permanentemente esa condición de nunca acabado del ser humano. Por ello, podríamos señalar algunas de esas características que el conflicto ha ido labrando como conocimiento de nosotros mismos:

– *Ser humano es conocer el conflicto*

Éste siempre está anunciando en nosotros que somos seres incompletos, llenos de luchas y que debemos construirnos en el día a día. Para el que tiene las condiciones de reconocerlo anuncia que algo importante está pasando en la experiencia del yo de quien lo vive.

– *El conflicto nos muestra las luchas internas y externa*

La experiencia del encuentro con el conflicto, así tenga profundas relaciones sistémicas a lo social, pasa por ser una experiencia profundamente personal, en cuanto es la vida que crece en esas luchas y nos confronta con la fidelidad a nosotros mismos y a nuestros principios.

– *Luchas que nos señalan nuestra incompletud*

Cuando llega el conflicto, es la señal inequívoca de que lo diferente a lo que me he expuesto ha generado en mí la necesidad de una reorganización en alguna esfera de mi yo y que debo tomar el camino de hacerme más completo, pero a la vez él me anuncia que fruto de ser sociales no tenemos un control total sobre nuestra vida y que debemos ir tras él para crecer.

– *Asumir nuestra complejidad no controlada*

Si algo emerge en el conflicto es la manera como no somos lo claro, lo limpios, lo perfectos en que a veces nos reconocemos cuando él emerge siempre nos está mostrando una zona oscura no trabajada o que la relación con lo diferente hace emerger como zona oscura de mí. Es allí donde el conflicto se me plantea como utopía en la esfera de lo personal, en cuanto me muestra cómo podemos ser distintos si aprendemos a mirar en el corazón del conflicto la manera como lo nuevo se nos presenta.

– *El conflicto es la lucha por encontrarnos a nosotros mismos*

Siempre el camino del conflicto, al mostrarme mi claroscuro, me lleva a reconocer en él lo diverso y lo adverso y en alguna medida va señalando un camino en el cual nos muestra que nos toca crecer en medio del dolor y que la complejidad humana está construida en un crecimiento permanente, del cual el conflicto es el instrumento para garantizar que vamos siempre en búsqueda de ser más, mejores, y más completos.

Es por ello mismo que tenemos que aprender a manejar el conflicto, ya que es la constante del crecimiento en nuestras vidas, pero allí tendremos que aprender a reconocer en la manera como emergen los problemas la diferenciación con el conflicto, ya que el problema es sólo la manifestación de éste y cuando queramos ir tras él el problema se nos manifiesta como una huella de ese elemento que en el fondo de nosotros está exigiendo cambios.

Por eso, asumirlo es la capacidad de ir al fondo de nosotros mismos y reconocer esas zonas oscuras nunca acabadas de aclarar pero siempre en permanente desarrollo para construirnos en medio del conflicto, la lucha y el dolor como seres en construcción, con esperanza.

Buscando pedagogías que promuevan aprendizajes desde el conflicto

Una de las grandes dificultades que anida en nuestras experiencias enunciada en los numerales anteriores es la dificultad para encontrar mecanismos concretos de uso educativo que nos permita relacionarnos con el conflicto de otra manera. Una de las posibles entradas por la experiencia que hemos realizado desde nuestros énfasis en la educación popular hemos venido dándonos cuenta que no es posible hacer ejercicios mecánicos del conflicto sin hacer explotar esos mecanismos anteriores que dificultan en el mundo operativo concreto el asumir el conflicto como parte central cotidiana y permanente de la existencia humana tanto en su expresión individual como social. No basta reconocer la existencia del conflicto, es necesario encausarlo educativamente para que rinda sus frutos en el campo de la acción humana.

Por ello, hemos intentado trabajar una estrategia de deconstrucción que hemos experimentado con docentes de Fe y Alegría, con jóvenes en las comunas populares de algunas ciudades del país, con pobladores y docentes del Magdalena Medio, con grupos religiosos y de género, así como diferentes niveles de educadores populares.

La deconstrucción⁷ se nos presenta hoy como una estrategia de formación crítica para asumir el conflicto, produciendo reinterpretaciones y redefiniciones desde la esfera del yo interno, de

la acción y de las comprensiones sociales de acción y comprensión. En ese sentido, mis reflexiones no tienen ninguna pretensión de heterodoxia, sino más bien de reorganizar algunos de estos elementos para hacerlo práctico en nuestra actual coyuntura histórica de cara a las exigencias planteadas por los cambios de final de siglo y la realidad de la nueva teoría crítica y en especial de la búsqueda por refundamentar la impugnación desde la diferencia y el conflicto.

Revisemos algunos de esos elementos que nos permiten apropiarnos de la deconstrucción para estos procesos.

La deconstrucción como una forma de intervención activa, que originariamente se planteó para lo literario y lo filosófico, y que ha ido invadiendo campos de lo político-práctico, de lo educativo, y de todos aquellos campos donde existen formas de institucionalización del poder.

La deconstrucción como un dispositivo práctico que nos permite entrar en la voz y en la autoconciencia de los sujetos para construir la conciencia institucional y en los imaginarios de las personas, para ser cuestionados desde su materialización con miras a ser re-construidos con nuevos sentidos.

La deconstrucción como un ejercicio de oír las “márgenes de la maquinaria institucional”. Es decir, la posibilidad de ver las fisuras, las grietas que tienen las instituciones, y todo aparato de saber y de poder y de las personas que lo ejercen. Es la posibilidad de oír lo marginal con la misma fuerza del poder.

La deconstrucción como una descentración de la continuidad de la objetividad institucional. Esto significa establecer la sospecha sobre lo que aparentemente está bien, es decir, produciendo una fractura en la objetividad institucional.

La deconstrucción como la capacidad de ver lo que invisibiliza el poder a nivel de grupo o de institución mediante la producción de una contrastación que es capaz de reconocer en las prácticas de las instituciones aquello que siendo funcional ya no sirve para los nuevos tiempos.

La deconstrucción como la capacidad de ir tras la “huella” que nos remite a un origen que nunca ha desaparecido, que siempre está ahí en instituciones, personas, y que requiere ser analizada como proceso de re-significación de la experiencia humana vivida como actor o como institución.

La deconstrucción como la capacidad de leer y escribir desde las “huellas” de mi experiencia para reconocer las marcas que permanecen, los espacios que constituyen mi “texto” social y las capacidades para establecer rupturas con los contextos (personales, sociales, culturales, institucionales, etc.).

La deconstrucción como la capacidad de colocarme en la inseguridad y en la incertidumbre creando la capacidad de hacerle y hacerme las preguntas que me y le colocan en la posibilidad de abandonar lo que es para colocarme en un horizonte de construir lo que puede ser.

Esto significa para los educadores la capacidad de preguntarse y reorganizar su manera de estar en el mundo teniendo la capacidad de reconocer el conflicto que en sus prácticas personales construye procesos homogéneos, produciendo una homogeneización dominante en sus discursos y esto significa la capacidad de ir a su estructura personal, a su acción educativa y entender en el ejercicio de deconstrucción cuáles son los elementos conflictivos con los cuales tiene que luchar por ser los más resistentes y los menos susceptibles de modificar para que se den cambios reales en esa estructura homogénea. Esto es un trabajo a escala porque no es sólo sobre él, sino hay que ir sobre su grupo humano, su grupo local y la intervención crítica en el mundo más amplio.

En alguna medida es la capacidad de inaugurar su acción educativa como campo de confrontación y lucha para la transformación, lo que exige una mirada desde el aprendizaje.

Los procesos de la educación popular remiten mucho más al mundo del aprendizaje que al de la enseñanza, en la medida en que la actividad educativa busca de manera intencionada operar cambios en los sujetos que permitan construir “algo diferente”: habilidades, actitudes, conocimientos críticos, intervenciones sociales. La experiencia y la reflexión de estos años nos ha mostrado cómo los sujetos participantes en los procesos educativos de la educación popular, acceden poco a poco a nuevas actitudes como producto de la revaloración de sus experiencias previas y la reflexión sobre la experiencia vivida, y esto les permite reordenar el escenario social dentro del cual cada uno de ellos actúa, logrando un empoderamiento que se hace visible en la práctica social del individuo y en las organizaciones sociales en las que participa como actor.

El tipo de aprendizaje requerido en la educación popular va más allá del proceso enseñanza-aprendizaje ya que en éste lo que se da es apenas el reordenamiento y reorganización de la enseñanza manteniendo la lógica del proceso centrado en el conocimiento académico, la transmisión y la asimilación del pensamiento científico. Si bien la educación popular no niega el proceso de enseñanza-aprendizaje, sí lo desborda ya que tanto su objeto, como sus “por qué”, sus “para qué”, y sus “cómo” son diferentes. Entre los elementos que caracterizan el aprendizaje posible desde la educación popular podemos señalar los siguientes:

El aprendizaje depende de la experiencia y conduce a cambios y transformaciones de la misma: de esta manera, la acción educativa puede estar separada de la enseñanza, ya que no se trata de pautas de comportamiento escritas que deban ser asimiladas para ser practicadas. Sí en cambio, de la reestructuración del quehacer de cada sujeto (Pragmática de la Acción).

El aprendizaje opera con dispositivos diferentes: en la enseñanza y en la enseñanza-aprendizaje los dispositivos de regulación son mucho más claros, funcionan como didácticas, en cuanto su objetivo es legitimar saberes que tienen una existencia en la sociedad. En ese sentido buscan la información y la apropiación de conocimientos a través de dispositivos que se acomodan a las estructuras cognitivas. En la educación popular estamos frente a estructuras de acción, y ellas modifican inmediatamente los procesos de vida cotidiana en los cuales están insertos los actores y también las teorías y representaciones que éstos poseen.

El espacio de aprendizaje es amplio: se trata de operar en los lugares en los cuales los actores desarrollan sus vidas, sin duda, diferentes a los escenarios delimitados por la enseñanza que pertenecen a un universo mucho más institucionalizado.

El aprendizaje en la educación popular construye una relación individuo-realidad: que configure una autoconciencia y una apropiación de estructuras de acción que le abren a cada actor-sujeto posibilidades de acción transformada y transformadora.

El aprendizaje en la educación popular establece nexos sujeto-sociedad: no es sólo un fenómeno de autoconciencia, es un aprendizaje entendido como constitución y desarrollo del ser social

con intereses transformadores, visibles en una nueva acción humana marcada ahora por el empoderamiento sobre sentidos, contextos y procesos.

El aprendizaje se entiende como construcción: y significa para cada actor dejar atrás las verdades para construir una unidad de sentido en la que se pregunte por el mundo al cual pertenece su conocimiento, por los sujetos que lo practican, por su unidad interna y por la coherencia con el proyecto social en el cual se inscribe, en ocasiones, esto desencadena procesos de deconstrucción de sus imaginarios anteriores para reconstruirlos con sentido transformador.

El aprendizaje logrado constituye una unidad sujeto-contenido-acción: de esta manera, se saca de su versión puramente instrumental para colocarse en una unidad en la cual la idea de formación permanente reorganiza el mismo proceso de aplicación de lo aprendido construyendo un sentido social de la práctica educativa.

El aprendizaje en la educación popular resignifica las realidades de los actores y plantea la reconstrucción de las mediaciones sociales que él va a instaurar en su acción social: esto exige conciencia sobre el sentido, mecanismos y canales del poder que circula en las actividades educativas y en las demás actividades que realiza, proyectando una vida con sentido.

La educación popular se distancia de los procesos de enseñanza tanto por los resultados sociales que busca, esto es, el empoderamiento de actores y la transformación de la realidad en la cual operan, como por la vocación de lograr aprendizajes para la acción. Sin embargo, la investigación y el seguimiento nos ha mostrado la existencia de diferentes sentidos y usos de esos aprendizajes. Dos de esos grandes campos son los aprendizajes de individuación para la acción social y los aprendizajes para la institucionalidad social.

Es muy importante señalar la necesidad de tener claro en los objetivos de la acción educativa, el tipo de aprendizaje que se pretende. En muchas ocasiones, la acción educativa es nula en términos del logro de objetivos ya que se interviene sin claridad a este respecto y con instrumentos inapropiados para el contexto, acción y práctica social de los actores, haciendo que las personas, aunque participen en la actividad y la evalúen como positiva, el efecto educativo quede neutralizado.

La negociación cultural: eje metodológico de una pedagogía del conflicto⁸

Viabilizar el conflicto y la deconstrucción en una propuesta que haga posible el proceso educativo en el espacio concreto significa la capacidad de construir espacios en los cuales se cruzan diferentes experiencias, en donde se mezclan intersubjetividades, se sobreponen códigos y simbolizaciones en donde se ven afectadas formas físicas del sujeto inscritas culturalmente por largo tiempo en sus vidas. Se encuentra conflictivamente con formas de la normatividad establecida por muchos tiempos. Al decir de Giroux,⁹ se construyen los “seres humanos de frontera”, en donde la multiculturalidad hace presencia real en la existencia de ellos, constituyéndose los espacios en los cuales para enfrentar diferencia y poder se requiere de la negociación cultural. Allí adquiere un sentido pleno:

- la acción como reorientadora de los procesos en que están inscritos los actores de ese espacio de frontera;
- el mundo de lo local como lugar en donde se encuentran afirmadas y legitimadas prácticas y concepciones que van a ser transformadas;
- la interlocución de sentidos diferentes que traen otros desde otras comunidades locales;
- hace específicos los intereses desde los cuales operan las personas;
- el sistema de poderes y privilegios se visibiliza.

Por la importancia de estos puntos anteriores, se hace necesario plantear la manera como la negociación cultural se produce como resultado de ese nuevo espacio multi-cultural, dando paso a identidades más propias de frontera, las híbridas, y esto requiere también el abordar lo pedagógico por otros caminos, pero al mismo tiempo deja ver que hay elementos comunes como el saber, el conocimiento, la enseñanza, el aprendizaje y las relaciones. De tal manera, la concepción pedagógica estará marcada por la forma como esos elementos se conciben e interactúan en ese espacio de frontera que hace urgente la capacidad de negociar esa multiculturalidad presente allí.

Los educadores populares entramos en la discusión acogiendo tres afirmaciones básicas:

La primera: Desde la perspectiva de la educación popular, la pedagogía nos habla de una praxis educativa que es recontextualizada por actores diversos con horizontes culturales diversos. Por lo tanto, lo pedagógico no puede reducirse a un simple proceso metódico.

La segunda: La educación popular nos ubica en una praxis humana que coloca en relación prácticas sociales de educadores y educandos en un escenario social en el cual los sujetos se convierten simultáneamente en productores y en destinatarios de la práctica educativa.

La tercera: La educación popular permite la recontextualización de saberes, conocimientos y prácticas. Esto se da por vía de la acción y teniendo como especificidad el interés por el empoderamiento de los excluidos, desiguales, segregados. En este sentido, persiste en la búsqueda de las redes y de las relaciones de poder presentes en las dinámicas de la exclusión y la dominación, con la intención de transformarlas. Desde este punto de vista, hablamos de una pedagogía para la praxis.

A partir de estos tres elementos, afirmamos la existencia del hecho pedagógico cuando establecemos una reflexión sobre: ¿qué es lo educativo? ¿cómo ocurre? ¿por qué y para qué ocurre? Y para el caso específico de la educación popular: ¿cuáles son las acciones logradas con lo educativo? ¿cómo esas acciones transforman el contexto? ¿cuáles son esos nuevos cómo y por qué que esas transformaciones exigen?

Es importante señalar que cuando hablamos de acción, nos referimos a ella en tanto fuente de conocimiento y de saber, es decir, una acción¹⁰ que reflexionada, genera nuevos saberes sobre el hecho educativo mismo ayudando a organizarlo. De tal manera, la educación popular nos remite a los procesos del aprendizaje, mucho más que a los de la enseñanza.

El proceso pedagógico propuesto por la educación popular se centra en el diseño y desarrollo de un acto educativo que hace posible una relación de negociación cultural¹¹ a partir del encuentro de esas diversas lógicas, percepciones y visiones de tal manera que los productos colectivos resultantes tengan sentido y unidad práctica para cada sujeto.

La experiencia educativa pretende que los actores se puedan movilizar en acciones concretas dentro del horizonte de un proyecto que todos y cada uno han ayudado a construir, tiene significación para cada persona y su entorno, y cada cual está en capacidad de controlar. Estas condiciones generan conflictos que son recuperados como dispositivos que hacen posible una Pedagogía del Conflicto, reconstruyendo sentidos y permitiendo el empoderamiento de los actores sociales.

Desde este punto de vista, la experiencia educativa debe considerar algunos aspectos que permitan ese logro de sentido y de unidad práctica:

- La actividad desarrollada debe trabajar desde las inclinaciones y habilidades del sujeto de tal manera que pueda desarrollar posteriormente un “hacer” permanente y más cualificado sobre su realidad.
- La acción por la que se opta debe tener sentido en el contexto de cada sujeto.
- La continuidad del aprendizaje debe ser significativa para cada sujeto, permitiéndole sentir que esa experiencia le significa a él autoconstrucción.¹²
- El reconocimiento en el proceso educativo, de otras habilidades además y más allá de lo lingüístico y lo lógico. El aprendizaje no sólo se manifiesta en procesos verbales y de construcción lógica sino también en otras formas de organización y representación que al encontrar espacio en la actividad educativa, hacen que el proceso de negociación tenga menos resistencia.¹³
- La valoración de las teorías, explicaciones e interpretaciones de los sujetos, como punto de partida desde y con el cual, se reprocessa críticamente la mirada y la postura sobre los procesos sociales.
- La flexibilidad debe levantarse como un criterio básico de construcción no sólo del momento educativo – que permite nueva información y nuevas habilidades – sino también para que éstas sean recontextualizadas por la vía de la acción en su medio y en su experiencia cotidiana, permitiéndole a los sujetos participantes un empoderamiento real sobre su acción.

El proceso básico metodológico, esto es, la negociación cultural, busca crear los nexos entre las formas del conocimiento formalizado y las del saber común y las actuaciones derivadas de éstos.

Por eso es tan importante para los educadores populares construir las condiciones previas más propicias para que los actores sociales organicen sus interacciones básicas haciendo del acto educativo un acto global de *recontextualización*, en cuanto los saberes, metodologías, concepciones pedagógicas y procesos de aprendizaje, son recogidos desde el lugar social y cultural del “otro”.

La negociación cultural ocurre en un lugar intermedio entre el aprendizaje clásico (que establece conexiones entre actividades, fines e instrumentos) y un tipo de aprendizaje reconstructivo que reconstruye vivencias a partir de la realidad, genera acciones que propician nuevos intereses, construye una motivación con capacidad de acción y permite necesidades de formación/autoformación, todo ello, para hacer posible la transformación. Por eso, la negociación cultural no es sólo de contenidos, sino también de estilos de aprendizaje.

Se recuperan las diferentes miradas sobre un problema específico, que como tema generador hace visibles esas diferentes entradas sobre él y exige ir a la raíz de la diferencia, lugar real y en la mayoría de las veces invisibilizado del conflicto.

El encuentro entre saberes y estilos de aprendizaje exige cambiar la mirada en torno a la actividad educativa teniendo en cuenta unos criterios necesarios para que la negociación sea posible como estrategia pedagógica. Algunos de esos criterios son:

- El acto educativo produce una recontextualización desde cada actor participante y por lo tanto debe ser planteado como un proceso y un propósito lo suficientemente flexible que pueda recoger los elementos entregados en ese diálogo de saberes para recrearlos en cada contexto y espacio de acción = *Aprender para la Individuación*.
- La actividad educativa es encuentro de comprensiones diferentes y en ocasiones problemáticas y conflictivas para construir unidad en la diversidad. La precondition del diálogo y la posibilidad de un nuevo saber, supone reconocer la diferencia y abandonar un aparente igualitarismo metodológico que cree que en una relación horizontal quedan anuladas las diferencias = *Aprender de lo diferente*.
- La contrastación de lo aprendido está en la acción. Plantearse así el problema no es resolverlo por vía empírica, sino encontrar una nueva síntesis a partir de la cual las mediaciones educativas puedan

incidir en la capacidad de transformación de la realidad desde los procesos más micro vividos en la cotidianidad de los actores, hasta las posibilidades más sociales vividas en la globalidad de la sociedad = *Aprender para la acción transformadora*.

- La educación popular y la pedagogía del conflicto requieren, de un lado, de una pedagogía coherente con los procesos de aprendizaje que agencia, y de otro, de la capacidad para establecer esa reflexión diferenciándose de otras perspectivas, intencionalidades y propuestas. No obstante, la educación popular debe exigirse a sí misma una negociación para conocer y reconocer otras pedagogías sobre todo aquellas que se juegan en el ámbito de la escolaridad y del conocimiento académico acumulado = *Aprender a aprender*.
- La pedagogía del conflicto debe abrirse a comprensiones variadas. Éste es tal vez el criterio más difícil de asumir, ya que debemos romper con la tradición de un pensamiento político hegemónico que sólo acepta comprensiones únicas. Por el contrario, la negociación exige capacidad de interlocución con muchas formas de acción y muchas facetas del conocimiento y de sus posibilidades de realización = *Aprender del conflicto*.
- La propuesta pedagógica desde una perspectiva crítica tiene la capacidad de construir nuevas nociones. El acto educativo entendido como negociación, asume que si cambian las condiciones del contexto, las nociones con las cuales los sujetos interpretan sus realidades (material, simbólica, cultural, social, ideológica, etc.) también se transforman. Esto significa una gran capacidad para construir nuevas teorías derivadas de las nuevas realidades = *Aprender a cambiar en medio del cambio*.
- El acto educativo desplegado desde la educación popular implica no sólo la vida cotidiana de los actores sino también una lógica del conocimiento ligada a procesos de praxis. De allí que los educadores populares debemos velar por las acciones educativas, revisar los procesos metodológicos, ajustar los dispositivos y ser más responsables con los resultados, de tal manera que efectivamente trabajemos en la construcción de una praxis emancipadora = *Aprender a empoderarse produciendo conocimiento*.

La negociación cultural: una construcción de lo pedagógico

Desde nuestra propuesta, la pedagogía se ubica en el universo de las relaciones sociales que están presentes en las acciones educativas específicas. Por tal motivo, la reflexión que permite dotar de contenido lo pedagógico con la educación popular se guía desde un interrogante básico relacionado con el acto educativo: ¿cómo esos actores que se encuentran en el escenario educativo construido por la educación popular hacen el tránsito hacia nuevos aprendizajes, conocimientos y acciones? La respuesta la hilvanamos desde lo que denominamos la *negociación cultural*. Veamos qué es y cómo opera este proceso central en la construcción de conocimiento y de nuevas formas de la acción.

La negociación cultural en el aprendizaje de individuación para la acción social

Producir unos términos reales de intercambio significa tomar plena conciencia de los conocimientos que guían a las personas involucradas. En una caracterización todavía muy rudimentaria, encontramos algunos elementos que es necesario considerar: la experiencia vivida, el espacio de socialización que marca a cada actor, su entorno de afectos y acciones, los lugares en los cuales organiza lo que le es esencial y la manera como todo esto construye su tejido social.

Al lado de estos elementos surgen unas interacciones a partir de las cuales se crea opinión, se intercambian entendimientos y se construyen acuerdos para la acción. Todo esto ocurre en el imaginario de interpretación de cada sujeto y grupo recuperando sus aspectos de diferencia y conflicto y en el lenguaje de comunicación cotidiana, haciendo que a su contexto social, se le coloquen nuevos objetos simbólicos. De tal manera se opera un acuerdo y un entendimiento compartido que hace posible la acción desde el saber culturalmente acumulado en ese grupo potenciando la imaginación humana.¹⁴

Cualquier intervención en grupos humanos que participan de este nivel de aprendizaje, requiere que los términos de la negociación cultural estén muy claros, y por lo tanto, es necesario entender que

la negociación es y ocurre entre diferentes. Construir esa relación pedagógica exige al educador popular capacidad para crear tanto el escenario como la relación misma entre los sujetos, y esa capacidad no sólo proviene de su formación profesional sino también del entendimiento de esos procesos más profundos de los grupos humanos, y de su disposición para hacer posible otra forma de circulación del poder. Por ello, requiere de esa “disposición personal” en la cual hace explícito el poder que le da la relación pedagógica (empoderamientos).

En este tipo de aprendizaje la negociación cultural se hace concreta en algunos de los siguientes aspectos:

- Se negocian culturas: éste, que parecería un aspecto de sentido común, es uno de los más olvidados en las intervenciones. El lenguaje, los códigos y los imaginarios con los cuales nos expresamos requieren de procedimientos, mecanismos y formas coherentes con los sentidos y símbolos de los grupos participantes ya que son culturas diferentes pero también desiguales.
- Se negocian mediaciones: si lo que se está propiciando es un encuentro entre diferentes, se debe ser conciente de que los dispositivos (poder-saber) son los que van a viabilizar la coordinación de acciones, la construcción de normas y la configuración de pautas para la transformación de los contextos.
- Se negocian sentidos: la introducción de nuevos sentidos (sociales, culturales, de gestión) en los grupos, implica reorganizar – negociar– la elaboración y organización previa que éstos tienen de su mundo. Esta negociación permite que sociedad e individuo se configuren de manera recíproca creando un escenario en el que se visualiza si los sujetos aceptan y asumen (o no) esas transformaciones. (Zona de aprendizaje próxima).
- Se negocian representaciones: a los escenarios de cualquier acción educativa concurren diferentes miradas sobre el mundo que evidencian los sentidos, concepciones y formas de organizar que tiene cada grupo humano. Si el educador popular entra a la actividad educativa rompiendo esos códigos de simbolización, sólo recibirá rechazos, aún cuando éstos ocurran en el silencio.
- Se negocian saberes técnicos: es necesario reconocer que hay formas de hacer que son propias de ciertas habilidades. Cuando desde una mirada tecnicista y, por qué no, cientificista, el educador

busca introducir ese saber sin negociarlo, desempodera a los grupos con los cuales trabaja haciendo que éstos se apropien mecánicamente de él.

- Se negocian institucionalidades: las instituciones sociales se expresan como una forma de organización a partir de la cual, las comunidades humanas logran una serie de acuerdos intragrupales. Negociar en este nivel supone capacidad para lograr acuerdos más colectivos para discutir, por ejemplo, cómo lo suyo es representado por la institución.
- Se negocia la lógica interna del aprendizaje: el educador debe ofrecer claridad sobre su proyecto pedagógico y sobre los dispositivos que utiliza, para desde allí, develar la lógica interna que permite la acción educativa, de tal manera que los resultados no aparezcan como logros simples del diseño metodológico sino de la concepción pedagógica en la cual se basan los dispositivos utilizados en el proceso.

Los aspectos anteriores nos muestran una forma de aprendizaje que trabaja en la vía de la reconstrucción cultural y reorganiza los espacios cotidianos para disponerlos de manera que puedan disputar sus propias comprensiones, haciendo explícitos los conflictos inmediatos para ser trabajados en espacios más amplios frente a formas de poder fuertes y centralizadas.

Decir que se asume el conflicto en una forma educativa es ante todo la posibilidad de ir al núcleo de los problemas para encontrar allí los intereses y motivaciones que los generan, construyendo la capacidad de construir una negociación cultural en la cual debe evitarse que la parte más poderosa, desde su forma de ejercer el poder produzca dominación y negación del mundo del otro, por ello la negociación cultural opera como proceso de control del poder y regulación de él.

Todo/a educador/a crítico/a va a desarrollar una pedagogía multicultural preocupado/a por ver la manera como se produce la negación de la diferencia, la exclusión y la desigualdad, recomponiendo un campo de acción en donde el conflicto se convierte en su dinamizador permanente y la acción educativa lo va resolviendo mediante una serie de negociaciones culturales sucesivas.

Todos estos problemas han estado en el corazón del debate en cuanto una de las tareas más urgentes va a ser la respuesta a la pregunta por cómo vamos a reconstruir la democracia, haciendo que los viejos ideales de libertad, igualdad y fraternidad anuncien realmente una democracia radical en la cual la multiculturalidad tenga una expresión de diferencia sin exclusiones, sin desigualdades, sin segregaciones, en donde la igualdad y la fraternidad no sean “las locas de la casa”. Es decir, que esas nuevas formas anuncien que la democracia radical es posible. Ya el más grande pedagogo latinoamericano de nuestro tiempo lo había perfilado cuando dijo:

“Entre sociedad y educación existe una relación dialéctica y muchas veces la educación se convierte en un importante instrumento para conservar el orden social existente. Si la educación para la paz no se convierte en parte de un proceso de acción sociopolítica hacia un progresivo cambio social, no tendremos jamás una educación para la paz y la justicia, sino solamente palabras vacías y sin sentido.”

Paulo Freire

CITAS

- ¹ Zuleta, Estanislao. *El elogio de la dificultad y otros ensayos*. S/ciudad. Fundación Estanislao Zuleta - Sáenz Editores, 1994. p. 13.
- ² De alguna manera considero este texto un desarrollo del libro que escribí con Gabriel Restrepo sobre democracia: Restrepo, Gabriel y Marco Raúl Mejía. *Formación y Educación para la Democracia en Colombia: apuntes para un Estado del Arte*. Santa Fe de Bogotá. Instituto para el Desarrollo de la Democracia Luis Carlos Galán, 1997.
- ³ Peter McLaren en su libro *Multiculturalismo crítico* (São Paulo. Instituto Paulo Freire-Cortez Editora, 1997) diferencia tres tipos de multiculturalismo:

El conservador, que plantea el mundo como una cultura común desde el grupo más fuerte, en donde no tienen cabida lenguas extranjeras, dialectos étnicos o regionales. Señala el caso de la enseñanza del castellano en California. Para ellos, la unidad nacional y la ciudadanía armoniosa son los ideales. Han construido como unidad análitica el WASP (White, Anglo Saxon Professional – persona anglosajona blanca), en quien coloca los valores afirmativos: self, creatividad, ambición, y

estos niveles se elaboran desde las culturas más fuertes que eliminan otras. En el ámbito de la investigación, el rigor lo comprueban desde el carácter empírico.

El liberal, para el cual existe una igualdad natural, la cual debe ser realizada y garantizada por todos y en caso de que se dé la desigualdad, debe garantizarse realizar reformas para que los desiguales logren una igualdad relativa. Cuando se plantea el problema de las diferencias, éstas siempre son colocadas como relativas a raza, clase, género y sexualidad, lugares desde los cuales construyen las identidades dándole mucha fuerza al carácter personal de esas identidades.

El crítico, para quien las representaciones de clase, raza y género son el resultado de procesos históricos. Para comprenderlas debe hacerse un análisis de las luchas sociales más amplias en las cuales han sido constituidas. Por ello, la diversidad sólo puede ser afirmada dentro de una política de crítica y compromiso con la justicia social. Para él la diferencia siempre es un producto de la historia y los conflictos se convierten en ocasiones en la manera de contestar las manifestaciones del control de la hegemonía.

⁴ McLaren, Peter. *Multiculturalism and the Post-modern Critique. Towards a Pedagogy of Resistance and Transformation*. (Fotocopia. Sin datos)

⁵ Grossberg, Lawrence. *We Gotta Get Out of this Place. Popular and Post-modern Culture*. New York: Routledge, 1992.

⁶ De toda esta mirada de la multiculturalidad, aparece claramente un discurso que va más allá de la desigualdad socioeconómica, que tiene como horizonte la igualdad construida sobre derechos sociales. Este discurso recoge la idea de exclusión, la cual aparece como parte de un proceso relacional, definido por normas socialmente controladas y que buscan construir un ordenamiento de relaciones sociales fundadas sobre la homogeneización. Creo que es una elaboración para estos tiempos sobre lo que significa la diferencia manejada desde procesos de poder. En ese sentido, la exclusión va a aparecer como un proceso conformado históricamente en el cual una cultura o grupo humano asume su rol de verdad, crea un abismo con la diferencia y la rechaza. Y si se cuenta con un poco de poder, la aniquila simbólica y, si puede, realmente. En los casos más leves, produce una invisibilización de ella para zafarse de la incomodidad que le produce.

⁷ Retomo acá elementos de mi ponencia al Congreso Mundial de Investigación-Acción Participativa: “La deconstrucción, una estrategia formativa. Reconstruyendo la crítica en tiempos de globalización” (en Biblioteca CINEP).

- ⁸ Retomo aspectos del libro de próxima aparición: Mejía, Marco Raúl y Myriam Awad. *Pedagogías y Metodologías en la Educación Popular. La negociación cultural: una búsqueda*.
- ⁹ Giroux, Henry. *Placeres inquietantes*. Paidós educador. Barcelona: Editorial Paidós Ibérica, 1994.
- ¹⁰ Ricardo Lucio (1994-53) afirma la existencia de muchos tipos de acción, de su posibilidad para solucionar problemas, y de su condición de ser un elemento CON y A PARTIR DEL CUAL se construye el conocimiento. Las acciones que él ubica y que serían iluminadoras para los procesos de acción en educación popular son las siguientes:
- Acción real, concreta, mediante la cual transformo físicamente el mundo.
- Acción representada, mediante la cual reconstruyo mentalmente o identifico en un contexto esos procesos.
- Acción abstracta, mediante la cual no manipulo cosas concretas, sino objetos, conceptos abstractos, resultados a su vez de acciones anteriores, como cuando saco la raíz cuadrada de una cantidad.
- Acción sobre las cosas del mundo, o acción sobre las personas, que puede transformarse en acción social o inter-acción.
- Acción construida directamente por mí, o reconstrucción mental (generalmente valiéndose de representaciones cifradas, tales como el texto o el relato) de las acciones de otros, como sucede en la investigación de los procesos históricos o en la narración”.
- ¹¹ Reelaboración que hemos hecho de la tradición de la educación popular, retomando el término de “Dialogo de Saberes”, enriqueciéndolo con la mirada de Jerome Bruner (1984) cuando nos habla del Diálogo Cultural, y reconstruyéndolos en la categoría de Negociación Cultural.
- ¹² Luria, A.R. *Los procesos cognitivos. Análisis socio histórico*. Barcelona: Ed. Fontanella, 1980.
- ¹³ Gardner, Howard. *Estructuras de la mente. La teoría de las múltiples inteligencias*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- ¹⁴ Castoriadis, C. *Ontología de la creación*. Santa Fe de Bogotá, D.C.: Ensayo y Error, 1997.